



El proyecto inconcluso de José Martí

EDUARDO TORRES-CUEVAS



El día anterior a caer en combate, Martí comienza a escribirle una extensa carta a su «queridísimo hermano» Manuel Mercado. Su inesperada muerte la dejó inconclusa. El texto es suficiente para conocer las esencias y las estrategias del proyecto revolucionario martiano. Una gran incógnita se levanta con la última palabra escrita. Por lo pronto, el texto desmitifica la romántica y especulativa idea de que el Maestro buscara la muerte en el encuentro de Dos Ríos. Como guía de un pueblo que ha lanzado a la guerra, debía ser el primero en enfrentar al enemigo, pero no desconoce los riesgos necesarios. Con orgullo escribe: «Ya puedo escribir (...). Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice y haré, es para eso». No hay desánimo ni tristeza y, lo más importante, piensa con entusiasmo en lo que hará.

El proyecto martiano ha transitado por varias etapas. Primero, unir lo que imperiosamente ha de estar unido; segundo, organizar y concientizar las fuerzas todas del país para la guerra necesaria y la creación de un nuevo modelo de

república que no perpetúe «con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud»; la República Cubana sería «justa y abierta, una en el territorio, en el derecho, en el trabajo y en la concordia, levantada con todos y para el bien de todos».

La tercera etapa es la creación del Partido Revolucionario Cubano, instrumento real y práctico preparador de la guerra, creador y unificador de revolucionarios, batallador frente a los partidos coloniales y a la peligrosa corriente anexionista. La cuarta etapa apenas se iniciaba cuando cae en combate, la guerra de independencia y la creación de la república «en medio de la guerra». Todo lo hecho hasta Dos Ríos apenas era el preámbulo de la construcción de la Cuba pensada y soñada por Martí.

Si la lucha inicial era contra el dominio colonial español, los profundos cambios operados en Estados Unidos convierten a esta nación en la más poderosa potencia, ante la cual, llegado el momento, la propia España rendiría sus banderas. Desde 1889, Martí advierte: «¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en

pueblos libres su sistema de colonización?»; «Desde la cuna soñó en estos dominios el pueblo del Norte (...) y cuando un pueblo rapaz de raíz, creado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo, con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal (...) urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, el ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de temer, y la declaración de la verdad».

Y he ahí la razón de Cuba; su lugar en el mundo: «En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas mero pontón de la guerra de una república imperial, contra el mundo celoso y superior que se prepara para negarle el poder». Y sentencia: «Es un mundo lo que estamos equilibrando; no solo dos islas las que vamos a libertar» y Cuba sería la república «indispensable al equilibrio americano».

Iniciada la guerra de independencia, quedaba un paso importante, crear la República de Cuba. En la carta inconclusa a Manuel Mercado ya habla de ello. Después de la Mejorana, su papel en la Constituyente fundadora y reguladora de la república era fundamental y él lo sabía. Su ausencia en Jimaguayú desfiguró parte del proyecto de preparar la república en medio de la guerra. Al producirse la intervención de Estados Unidos en la contienda independentista cubana,

Máximo Gómez expresaba las terribles consecuencias de la ausencia de Martí, porque él sí sabía cómo enfrentar la nueva situación. Los tiempos nuevos eran muy complejos. Se confrontaban peligros externos e internos. Uno de ellos era, según había escrito el Maestro: «En Cuba ha habido siempre un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla. Esa clase de hombres, ayudados por los que quieren gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio, favorecen vehementemente la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los conservadores ligeros, todos los apegados a la riqueza, tienen tentaciones marcadas de apoyar esta solución, que creen poco costosa y fácil. Así halagan su conciencia de patriotas, y su miedo de serlo verdaderamente».

El proyecto inconcluso de José Martí se convirtió en el de las generaciones del siglo xx; es el proyecto revolucionario de creación, retomando las palabras de José Antonio Saco dos años antes de nacer Martí, de «una Cuba cubana y no anglosajona». Ha pasado el tiempo, 125 años después de la desaparición física del Apóstol, su pensamiento vivo es nutriente, sabía, para pensar y crear la Cuba futura. Brújula cuando baten aires de tormenta.

Del verde claro al carmín encendido

ANTONIO RODRÍGUEZ SALVADOR



Hay una redondilla de Martí en *Versos Sencillos* que siempre llamó mi atención: *¡Verso, nos hablan de un Dios*

adonde van los difuntos:

Verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!

¿Por qué Martí dialoga con el verso como si este fuera su *alter ego*, quintaesencia de sí mismo: monólogo a dos voces, secreto en voz alta? ¿Qué circunstancias torturaban al Maestro? ¿Por qué esos relámpagos en rima: según nos dice, «nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor a la libertad, o de amor doloroso a la hermosura» –«testamento poético»–, según los llamó Fina García Marruz?

En el prólogo de *Versos Sencillos*, Martí confiesa: «Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington

bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos».

Martí se refiere a la llamada Conferencia Panamericana, celebrada en diciembre de 1889: evento al que asistió la mayoría de los países de América. En carta al director del periódico La Nación, de Buenos Aires, dice: «Las entrañas de este congreso están como todas las entrañas, donde no se las ve». Fue aquel congreso una manera de ejercer lo que hoy llamamos «Smart Power», esa combinación de estrategias que dosifica el «poder duro» y el «poder blando» –diplomacia del palo y la zanahoria–: política exterior que ese país norteamericano sigue ejerciendo en nuestros días.

Acerca de la ingenuidad de los países del sur, abunda Martí: «Y mientras unos se preparan para deslumbrar, para dividir, para intrigar, para llevarse el tajo con el pico del águila ladrona, otros se disponen a merecer el comercio apetecido con la honradez del trato y el respeto a la libertad ajena».

Sobre el triunfalismo y la arrogancia en los círculos de poder estadounidenses, muestra elocuentes titulares de periódicos locales. Uno encabezaba la

noticia con: «El destino manifiesto»; otro: «Ya es nuestro el golfo»; otro más: «El sueño de Clay» (refiriéndose a Henry Clay, secretario de Estado entre 1824 y 1827, bajo la presidencia de Adams, quien había lidereado la política expansionista de Estados Unidos).

En cuanto a nuestra Patria, denuncia que el ministro Palmer negocia a la callada en Madrid la adquisición de Cuba, mientras, por otro lado, el senador Tall presenta en el Congreso una proposición para que Estados Unidos procuren, mediante garantía de pago, que España consienta que la isla sea república «libre e independiente». ¿Y a qué ir a buscar lo real de la proposición?, –pregunta al señalar el verdadero interés de aquellas negociaciones: apoderarse de Cuba–.

Así, entonces, la poesía fue hombro cálido y oído confesor para aliviar el martirio en aquellos momentos de incertidumbre. Cómo dolía en la fe ver a quienes soñaban con unos Estados Unidos dulces como «gigante de azúcar», un país «que va a poner en la riqueza y en la libertad a los pueblos que no la saben conquistar por sí propios».

Ciertamente, el Verso salvó a Martí de los oscuros tropes que no solo fueron del alma. Del verde monte y los arroyos de la sierra, a donde lo envió el médico, salió –poesía medianamente– con la paz furiosa necesaria para escribir *Nuestra América*: ensayo de pensamiento ancho, clarividente, de un carmín encendido sobre una realidad que parece de hoy mismo.

Coloca su dedo justo sobre las dos principales amenazas que todavía enfrentan nuestros pueblos: la desunión y la voracidad imperialista de Estados Unidos, y avisa la necesidad de fundar un pensamiento propio, y andar en cuadro apretado, en marcha unida, como la plata en las raíces de los Andes.

Los *Versos Sencillos* fueron, sin duda, bálsamo y fermento para un Martí que salió sempiterno de ellos. El punto de giro entre aquella perplejidad inicial y el necesario furor sosegado que alcanzó más tarde, quizá lo hallemos en esta redondilla:

¡Hay montes, y hay que subir los montes altos: idespués veremos, alma, quién es quién te me ha puesto al morir!